

La anomalía venezolana

Luis Hernández Navarro

La Jornada

23 de enero de 2007

El alza en el precio de la tortilla ha puesto al descubierto la debilidad del Estado mexicano frente a los monopolios. Quienes controlan la comercialización e industrialización del maíz pueden organizar una corrida inflacionaria y salir impunes. El Ejecutivo no cuenta con armas para combatir en esa guerra. Las últimas que tuvo las entregó hace siete años.

La respuesta del gobierno federal ante el incremento ha sido lastimosa. Cierra unas pocas tortillerías y difunde su acción en los medios de comunicación como si fuera una ofensiva frontal contra el abuso y esas empresas las culpables de lo que sucede. Las acusa de no anunciar el precio de venta de su producto a la vista del público o de alterar las básculas. Lo cierto es que, más allá de que algunos de sus dueños se han aprovechado de la situación, ellos no son los responsables principales del aumento.

El Ejecutivo federal anuncia que próximamente va a permitir la importación de maíz blanco sin pago de arancel. Pero resulta que quienes van a adquirir el cereal son, en parte, los responsables del aumento, los mismos que controlan ya los inventarios. Y las importaciones van a golpear a los agricultores y campesinos del país, van a inundar el mercado con grano de mala calidad al tiempo que contaminarán sus sembradíos con variedades transgénicas y aflatoxina.

Por supuesto, la administración de Felipe Calderón calla la información sobre quiénes son los especuladores. ASERCA tiene un reporte detallado de ellos. Con la actual estructura de acopio y venta, en la que el gobierno federal subsidia la comercialización, cuenta con un informe preciso de quiénes tienen en sus bodegas el maíz. Sin embargo, esta alza no proviene, tan sólo, de la incapacidad del gobierno para intervenir razonablemente en los mercados. El menos interesado en que se presentara una crisis como ésta es el Presidente de la República. El incremento en el precio le abre un enorme boquete a su gobierno, ya de por sí necesitado de legitimidad. Ante la población más necesitada, ésta reprueba su gestión. De paso, abona el terreno para que la inflación crezca.

Más allá de los factores coyunturales que la precipitan, el incremento al precio de la tortilla muestra la crisis de la cadena maíz-tortilla diseñada durante los sexenios de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. El nuevo modelo desmanteló, en nombre de la modernización, un esquema en el que el Estado regulaba el mercado a través de la fijación de precios de garantía y

la regulación de las importaciones. Dejó a productores y consumidores inermes frente a las fuerzas del mercado, al tiempo que entregó el control del proceso a unas cuantas agroindustrias.

El anterior modelo estimulaba la producción garantizando a los agricultores un precio de garantía de su producto, proporcionando crédito y asistencia técnica. Para proteger los precios internos, el gobierno controlaba el grano que entraba al país a través de permisos de exportación. Conasupo acopiaba entre 15 y 20 por ciento de producción, y por medio de sus filiales lo distribuía a comunidades remotas que no tenían abasto suficiente. De esta manera se combatía el acaparamiento del cereal y se mantenía una reserva nacional para enfrentar adversidades y tiempos difíciles.

Simultáneamente vendía la tortilla a un precio subsidiado, primero a toda la población y, después, a los más pobres. Conasupo funcionaba como el principal abastecedor de la industria de molinos y masa nixtamalizada. El esquema permitía asegurar el control del precio de la tortilla, elemento central en un país con salarios muy bajos.

El nuevo modelo, apalancado con el Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN), buscó, según el entonces subsecretario de Agricultura Luis Téllez, "permitir una transición ordenada de recursos productivos de los cultivos tradicionales a los cultivos de exportación". Al mismo tiempo, impulsó la reconversión productiva para que los campesinos maiceros abandonaran esta actividad, concentrándola en 30 por ciento de los productores con mejores recursos.

Impulsó basado en un estudio de Santiago Levy la importación de maíz barato desde Estados Unidos, argumentando que beneficiaba a los consumidores pobres y a los trabajadores asalariados del campo y la ciudad. Fomentó el drenaje de la población rural "sobrante" con la promesa de integrarse al mercado de trabajo y programas de asistencia a la pobreza. Desmanteló Conasupo y entregó a Minsa, Maseca y Cargill el control de los mercados de maíz, renunciando a contar con un banco de granos capaz de garantizar el abasto de maíz en situaciones difíciles. Y, finalmente, acabó con los programas de subsidio a la tortilla.

Los resultados de esta política han aparecido nítidamente durante esta última crisis. Desde la entrada en vigor del TLCAN en enero de 1994 la tortilla ha incrementado su precio en 738 por ciento. Como resultado de ello, su consumo por persona ha disminuido. Este alimento es, además, de peor calidad.

El saldo es brutal. En los mercados reina la ineficiencia. La comercialización e industrialización del grano se han concentrado en tres grandes empresas. La alimentación de los mexicanos depende ahora mucho más de Estados Unidos. Las semillas criollas se han infectado con variedades transgénicas de importación. La migración rural ha hecho de muchas comunidades

poblados desiertos, habitados por ancianos, mujeres y niños. Una parte sustancial de la producción de cereal se ha trasladado a zonas de riego, que deberían estar dedicadas a otros cultivos. Frente a otros cultivos, cuyos precios sufrieron una fuerte caída ante la apertura comercial, el maíz se convirtió en un cultivo relativamente rentable.

Sin embargo, no todo es sombrío en el panorama. A pesar de tener todo en contra y a contracorriente de las previsiones de los tecnócratas, los campesinos mexicanos siguen sembrando su milpa. *El pasado* 20 de septiembre, Hugo Chávez habló ante la Asamblea de las Naciones Unidas (ONU). Dijo allí: "He sido un lector de Noam Chomsky, como lo he sido de un norteamericano profesor que murió hace poco y no pude conocer, John Kenneth Galbraith". El diario *The New York Times* publicó que "Hugo Chávez expresó su pesar por no haber conocido a ese icono de la izquierda americana, el lingüista Noam Chomsky antes de su muerte".

La falsa noticia fue profusamente reproducida por otros medios y por los detractores de Hugo Chávez, buscando ridiculizarlo. Y, aunque días después *The New York Times* tuvo que rectificar la información, los enemigos del mandatario la siguen utilizando desenfadadamente. No hay en ello novedad: la campaña de desinformación sobre el proceso de cambio en ese país es monumental.

Esta ofensiva para satanizar la revolución bolivariana facilitada por los excesos verbales del presidente y por la cultura política prevaleciente en su país es particularmente virulenta en México. Formó parte de los últimos comicios federales, donde la imagen de Chávez fue utilizada para combatir a Andrés Manuel López Obrador. Y se ha acrecentado a raíz del anuncio del presidente de Venezuela de que su país se dirige al socialismo y de las últimas estatizaciones de empresas estratégicas.

La declaración, formulada originalmente el 20 de enero de 2005 ante el Foro Social Mundial, ha precipitado un enorme revuelo. Muy pocos políticos se reconocen hoy día como socialistas, y muchos de quienes lo hacen no pasan de reivindicar más que un tímido proyecto socialdemócrata. Pero ahora, a raíz de la ofensiva chavista, el debate sobre el socialismo ha renacido con gran intensidad.

¿A qué socialismo se refiere Hugo Chávez cuando habla de que su país se dirige hacia ese rumbo?

A uno que contempla como sus pilares la transformación económica, la democracia participativa y la ética socialista (amor, solidaridad, igualdad). Que busca forjar una sociedad de incluidos, de iguales, sin privilegios. Que en lo social conjuga igualdad con libertad.

Un socialismo que explícitamente rechaza implantar hoy la dictadura del proletariado. Un socialismo no reñido con la democracia, que hace de la democracia popular, participativa y

protagónica en su columna vertebral. Expandirse, profundizarla desde la base, es lo fundamental en su construcción.

Se trata de un propósito que aún no ha nacido, que no está acabado. Es un proyecto endógeno, venezolano, no importado, que debe ser construido todos los días, que necesita ser moldeado. Una experiencia diferente a las vividas durante del siglo XX.

El sujeto de ese proceso de transformación es el pueblo venezolano. El socialismo es producto de la voluntad popular. Es el pueblo soberano quien lo construye a través del poder popular. El poder constituyente es la soberanía, el poder originario, permanente, expansivo y radical del pueblo construyendo su propio destino.

Ese socialismo venezolano, que busca la plena recuperación de la patria, ubica como sus fuentes diversos socialismos: el bolivariano, el cristiano, el indoamericano y el agrario. No se trata de una formulación doctrinaria. Estos socialismos expresan importantes corrientes de pensamiento con peso social en toda América Latina. Las comunidades indígenas de base, el movimiento indígena, las luchas campesinas y el bolivarianismo son fuerzas fundamentales en los procesos de transformación continental.

Entre los personajes que formularon el socialismo bolivariano, Chávez incluye a Simón Bolívar, Simón Rodríguez y José Inácio Abreu e Lima. El mandatario asegura que *El Libertador* es un pensador prosocialista cuando dice que el fundamento del sistema debe ser la igualdad establecida y practicada, y que su compañero Simón Rodríguez es un pensador abiertamente socialista. El general brasileño José Inácio Abreu e Lima, amigo y camarada de Bolívar, escribió el primer libro de socialismo en Latinoamérica.

Chávez sostiene que los profetas cristianos trajeron un mensaje de igualdad, de lucha por la justicia y contra la explotación, de socialismo. Cristo, según el mandatario, era un rebelde radical. En él están las raíces. Reivindicar estos orígenes no implica, empero, que el movimiento socialista sea un movimiento religioso. No lo es.

Según el presidente, los aborígenes son portadores de la semilla socialista original de estas tierras, que debe expandirse y multiplicarse. Ellos vivieron el socialismo durante siglos y todavía lo viven en algunas comunidades. Son ejemplo de resistencia, de sabiduría, de dignidad. Por eso, propone, hay que relanzar el socialismo indoamericano, repotenciándolo, actualizándolo. Hay que respetarlo, fortalecerlo, tomarlo como ejemplo.

Se requiere también, dice, impulsar el socialismo agrario. Hay que socializar la tierra. Hay que aprender de los campesinos que han vivido en comunidades, trabajando juntos, produciendo

juntos, enfrentando juntos los problemas. Hay que llevar esos modelos a los barrios, a las urbanizaciones. Así se va a incentivar que el socialismo florezca.

Sostiene, además, que hay que socializar la economía, crear un modelo nuevo. Hay que crear una economía productiva socialista. Hay que impulsar el cooperativismo, el asociativismo, la propiedad colectiva, la banca popular y núcleos de desarrollo endógeno. Se trata de dejar atrás la lógica de funcionamiento perverso del capitalismo. Son válidas experiencias diversas como la autogestión y cogestión, la propiedad cooperativa y colectiva. Se trata de fomentar y combinar empresas de producción social y unidades de producción comunitaria.

Todas esas experiencias deben irradiarse como ondas expansivas a todo el contorno geográfico y social. Con ello se ira dando forma a la anomalía socialista venezolana.

Se trata de una apuesta a contracorriente en pleno cambio de época, un síntoma de que la historia también avanza en sentido contrario. Una apuesta que ha sido caricaturizada para evitar dar un debate en serio sobre sus alcances y significado. Es por ello que explicar en qué consiste realmente es el punto de partida para una discusión seria.

Twitter: [@lhan55](https://twitter.com/lhan55)

Fuente:

<https://www.jornada.com.mx/2007/01/23/index.php?section=opinion&article=021a1pol>